

MUJERES QUE MATAN: VIOLENCIA FEMENINA
Y TRANSGRESIÓN SOCIAL
EN LA NOVELA CRIMINAL FEMENINA ESPAÑOLA

SHELLEY GODSLAND
Royal Holloway, University of London

Andrés Canteras Murillo al final de su exhaustivo estudio de la mujer criminal española, concluye que la causa del rechazo de tal figura por parte de la sociedad actual reside en el hecho de que encarne la transgresión social más temible y reprobable, ya que el comportamiento delictivo se percibe como la negación o antítesis del tradicional rol de madre y preservadora de la vida y de los valores doméstico-sociales tradicionalmente atribuible a la mujer (411, 416, 422). Esta conceptualización de la delincuente femenina como ente que existe más allá de los límites de la «civilización», como algo «anormal» y monstruoso, la articuló en términos teóricos el criminólogo italiano Lombroso hace ya un siglo (cito en Canteras Murillo, 416), y sus teorías eran corrientes en algunos campos hasta tiempos recientes. La criminología actual tiende a rechazar aquellas clasificaciones de la mujer criminal como monstruoso producto de un determinismo biológico y / o alteraciones hormonales¹, pero reconoce que la opinión pública, tal como se

¹ Paz de la Cuesta Aguado presenta este punto de vista desde una perspectiva española al apuntar que, «Si en la conformación de la personalidad confluyen tanto factores biológicos como circunstanciales, son éstos los que figuran la actuación criminal, y no especiales caracteres propios de género» (<http://comunidad.derecho.org/icapda/Perfiles.htm>), aseveración que refleja teorías articuladas primero en trabajos de criminología feminista del mundo anglófono. Ya en 1981 Gillian Williams señaló que «If a woman does not behave «normally», then questions are

ve reflejada en los medios de comunicación, aún percibe como aberración a la mujer que mata, que dirige violencia hacia los niños u otros seres «indefensos» como pueden ser los enfermos, o que exterioriza su agresión de otras maneras².

Esta reacción pública y mediática tan sumamente negativa hacia la mujer delincuente se extiende a la literatura. En la narrativa criminal propiamente dicho, abundan los casos de señoritas ociosas quienes, por codicia o por venganza, en las tinieblas de un crepúsculo a bordo de un tren de lujo internacional o en un crucero sobre el Nilo envenenan o matan de un tiro de su nacarada pistolita a un ex amante traicionero o a un lejano pariente. También figuran en la literatura policiaca las *femmes fatales*, ricas, independientes, seductoras y llenas de confianza³, representadas como altas, de largos peinados ondulados, y con la sempiterna boquilla de marfil entre los dedos, características que subrayan su peligrosidad y su «masculinidad». Ambos modelos se han visto reproducidos en la narrativa detectivesca española: el primero en las novelas que se publicaban masivamente durante el primer *boom* de la ficción policial de los cuarenta y cincuenta, y que se adherían casi fielmente a la fórmula establecida por Agatha Christie, mientras que el estereotipo de la seductora malvada se encuentra con más frecuencia en la llamada «novela negra» que caracterizó el renacimiento del género a partir de mediados de los setenta y que se basaba en el modelo *hard-boiled* norteamericano. Tanto en la ficción criminal hispánica como en la anglófona, sin embargo, así como en textos que datan de las varias épocas de su popularidad, a la mujer que mata, a la «monstrua» que transgrede las leyes que la sociedad establece para controlar la conducta femenina, se la castiga: o con su propia muerte, o por

asked about her hormones or her «poor relations» with her father, not whether there is something wrong with the identity picture of the normal woman» (cito en Bardsley, 14).

² En este contexto es interesante considerar las conclusiones de Anna Motz quien, en un reciente estudio, afirma: «female violence is often ignored or denied, because to accept it, particularly in relation to maternal abuse, would be too threatening to traditional and idealised notions of motherhood and femininity. I consider this to be a fundamentally dangerous social attitude, which can lead to vilification of those women who do display violence to the extent that they are considered inhuman and «evil»» (259).

³ Así caracteriza Gill Plain a algunos de los personajes femeninos de Chandler: «Deviant women [...] are usually characterised by their independent wealth, their roving sexual appetites and the confident occupation of public space» (72).

lo menos con el encarcelamiento u otra sanción legal aplicada por aquellos hombres quienes, además de ser representantes del orden judicial patriarcal, imponen ese mismo orden⁴. Dada esta percepción tan sumamente negativa de la mujer delincuente en los varios medios mencionados, y tomando en cuenta también la venganza que la sociedad patriarcal parece querer imponerle, tanto en casos reales como en los puramente novelescos, a primera vista parece inexplicable el hecho de que la ficción de un considerable número de escritoras españolas contemporáneas de narrativa criminal protagonice no sólo a la mujer detective o policía, sino también a la mujer delincuente⁵. Sin embargo, aseveraríamos que estas autoras —que escriben en catalán y gallego tanto como en castellano— emplean este género popular para cuestionar la validez de la tradicional representación literaria de la mujer criminal y para sugerir la autoafirmación de sus personajes femeninos a través de nuevos comportamientos delictivos. Por lo tanto, este trabajo tomará como objeto de estudio a numerosas ficciones criminales de novelistas y cuentistas españolas de los últimos años.

Estudio en lila, la primera novela detectivesca de Maria-Antònia Oliver, y el cuento «Amanda» de Isabel-Clara Simó, relatan las historias de dos castradoras; la serie de gran éxito de novelas y cuentos dedicados a la inspectora Petra Delicado, obra de Alicia Giménez-Bartlett, introduce numerosas delincuentes, sobre todo asesinas, y una mujer homicida es protagonista también de la novela *Matando el pasado* de Lidia Falcón. Diversas criminales apa-

⁴ Priscilla Walton y Manina Jones aseveran que: «the malicious and resourceful woman seems to be associated in the hard-boiled genre with the degenerative forces at work in the social system. She is not just a criminal; she poses a larger danger, outside of and threatening to the social order itself. Therefore, according to the conventions of the hard-boiled story, she must be killed, imprisoned, or otherwise punished by the detective in order for the plot to be resolved» (192-93). Asimismo, y también en el contexto de la obra de Chandler, Alison Young anota que «For Marlowe to appear heroic, a counterpoint is required; an amorality which can be ascribed to femininity. For Marlowe to be the law, a woman must be sacrificed» (97).

⁵ Al hablar de literatura o narrativa criminal, en realidad nos estamos refiriendo a una amplia gama de sub-géneros, todos los cuales tienen en común la presentación de un crimen y, en la mayoría de los casos, el esclarecimiento del mismo. Sin embargo, las escritoras españolas de este tipo de ficción recurren a muchos modelos. Las novelas de Giménez-Bartlett, por ejemplo, están basadas en el modelo del *police procedural*; las de Oliver se asemejan más a la novela negra de autores como Manuel Vázquez Montalbán y Juan Madrid, mientras que la obra de Asensi y Falcón, por ejemplo, son *thrillers* psicológicos.

recen en otras novelas de Oliver, mientras que *Escapa't d'Andorra* de Assumpta Margenat, y *El salón de ámbar* de Matilde Asensi, tienen como personajes principales a dos ladronas. Un factor común a estas ficciones es que, a pesar de la elección de protagonistas que en otros contextos serían representadas como anomalías, seres monstruosos, o transgresoras de las más elementales normas sociales, en la mayoría de los textos que analizamos aquí, sus autoras se alejan de la ya más típica y establecida presentación negativa de la delincuente femenina, de tal manera que éstas no sólo eviten a veces las sanciones que impone la justicia, sino que además gozan de la abierta admiración de quienes les dan vida en sus ficciones y, por ende, del público lector —especialmente el femenino.

Comencemos nuestro estudio con un análisis de las asesinas novelescas dentro del corpus de ficciones elegido, ya que a los ojos, tanto de la opinión pública como de la jurídica, quitarle la vida a otro ser humano es el crimen más reprensible de todos. Dentro de este apartado caben Maggy y Pepita, ambos personajes de *Muertos de papel*, la más reciente novela de Alicia Giménez-Bartlett, Charo, figura marginal del cuento «Muerte en el gimnasio» de la misma autora, así como Elena, protagonista de *Matando el pasado*, la ya mencionada novela de Lidia Falcón. Las dos asesinas que aparecen en *Muertos de papel*, matan con la esperanza de beneficiarse económicamente de sus acciones: Pepita, amante del periodista Ernesto Valdés, mata a la ex señora de éste porque la mujer no le quiere revelar el escondite de una gran suma de dinero que ganó empleando métodos poco ortodoxos o legales, mientras que Maggy, compañera de trabajo de Valdés, mata a Rosario Campos, siguiendo las órdenes del periodista que le promete por el asesinato un trabajo fijo como «sueldo». Otra de las mujeres que matan de Giménez-Bartlett es Charo, personaje de un cuento corto titulado «Muerte en el gimnasio». A través de su trabajo como limpiadora en un gimnasio, conoce a un culturista rechazado por los demás miembros del centro deportivo como consecuencia de su agresividad y poca cultura, y con quien entabla una relación afectivo-sexual. Como resultado de presiones de su madre, el culturista pone fin a su relación con Charo, la cual exige su venganza matándolo en la sauna donde trabaja.

Desde nuestro punto de vista, la presentación de estas mujeres como criminales es de interés por la ambivalente actitud que de-

muestra Giménez-Bartlett hacia la mujer criminal que habita las páginas de su ficción. Por un lado, no cabe duda de que las delincuentes contravienen las leyes del país, y conforme con el tradicional cierre de este género literario, son aprehendidas, juzgadas y castigadas según establece la ley. Sin embargo, en ambos textos, la mujer que mata actúa delictivamente como agente de o provocado por un hombre, y a pesar de que su motivo es beneficio propio o una baja venganza, estas criminales son bien distintas de los seres monstruosos que pueblan la imaginaria popular o la narrativa negra más tradicional —escrita por varones, claro está. Es más, tanto a Charo como a Maggy y Pepita se les puede considerar víctimas: víctimas de una sociedad patriarcal que, según nos parece sugerir Giménez-Bartlett, les niega las mismas oportunidades que brinda al hombre. Para Charo, figura situada al margen de la narrativa y de la sociedad⁶, su relación con el culturista es la única manera disponible de escapar, aunque sea por unas pocas horas, de un marido alcohólico, numerosos hijos, y un trabajo de baja categoría y mal remunerado, y al ver amenazado el poco descanso a su alcance, reacciona de una forma inusitadamente violenta. Además, creemos importante señalar que la manera en que mata Charo a su ex amante es sumamente significativa, ya que, al encerrarlo en la sauna y poner la temperatura al máximo, lo «cocina». A nuestro juicio, al recordar a la lectora —aunque sea irónicamente— que muchos de los crímenes cometidos por la mujer tienen motivos o consecuencias domésticos, o bien que se llevan a cabo empleando un utensilio o destreza doméstico⁷, Giménez-Bartlett le quita significancia al crimen de

⁶ Charo ocupa un espacio al margen del texto y de la atención de la inspectora Delicado por ser un personaje marginal a razón de su trabajo como limpiadora y su estatus social. En la versión televisiva del cuento «Muerte en el gimnasio», que formaba parte de la serie *Petra Delicado*, emitida por Tele5 y La 1 durante 1999, se hace aun más evidente esta marginación.

⁷ Miguel Clemente Díaz resume el trabajo de M E Wolfgang cuyo estudio reveló que en un tercio de los homicidios cometidos por mujeres, el implemento que emplean es un útil de cocina, mientras la cocina es el lugar preferido para el asesinato (cito en Clemente Díaz, 44). Asimismo, en su estudio de la investigación realizada por Rosenblatt y Greenland, Margaret Shaw señala que concluyeron que la mayoría de los crímenes que cometen las mujeres son de naturaleza «doméstica», aunque Shaw está en desacuerdo con esta aseveración, e indica que el estudio de Rosenblatt y Greenland era muy limitado (Shaw, 121-22). En el contexto español, no hemos podido encontrar datos acerca de si la delincuencia femenina es, en su mayoría, «doméstica». Sin embargo, Andrés Canteras Murillo sostiene que «[l]as fun-

Charo, y le resta las implicaciones que podría tener un asesinato dentro del espacio público, sobre todo en casos de violencia aparentemente indiscriminada dirigida hacia desconocidos. En una situación paralela a la de Charo, en *Muertos de papel*, Maggy, chica proveniente de un entorno social desfavorable, cumple las órdenes de su jefe al matar a alguien para así asegurarse un puesto de trabajo fijo, lo cual le permitiría alquilar un apartamento decente, porque actualmente vive en condiciones penosas.

La ambivalente actitud autorial de Giménez-Bartlett hacia sus personajes delincuentes es, sin embargo, bastante inusual entre las novelistas españolas cuya obra analizamos aquí y que creemos representativas de una corriente más extendida dentro de las letras nacionales actuales. Esta aseveración la basamos en la observación de que en la mayoría de las ficciones de este tipo, a la criminal femenina, lejos de representarla con ambivalencia, se le elogia y se le «premia» sus actos delictivos. Quizá el mejor ejemplo de esta tendencia lo encontramos en *Asesinando el pasado*, novela de la abogada y feminista Lidia Falcón. Relata los pormenores de Elena, esposa de un importante hombre de negocios, con quien lleva una vida aparentemente tranquila dentro de la sociedad burguesa de una ciudad costeña. Bajo esta fachada a todas luces idílica, sin embargo, se esconden numerosos secretos: el esposo de Elena tiene una amante, mientras ella oculta que estuvo casada anteriormente durante su juventud. Cuando su primer marido vuelve a aparecer, con el propósito de chantajearla, Elena lo mata, no sólo para salvar las apariencias, sino, más importante, para proteger a su hija, fruto de su primer casamiento, porque tanto la chica como los demás parientes piensan que es su hermana menor. Elena reconoce haber sido autora de un homici-

ciones sociales desempeñadas por la mujer y su perenne confinamiento en la esfera doméstica han marcado, indiscutiblemente, su comportamiento criminal» (416), lo cual podemos comprender como confirmación de que las mujeres que delinquen lo hacen dentro del espacio doméstico-familiar, aunque Miguel Miravet Hombrados es de la opinión de que «la mujer delinque menos que el hombre por [...] estar menos integrada en la vida social» (7), con lo cual parece sugerir que el confinamiento de la mujer al hogar inhibe su posible actividad delictiva. Asimismo, Paz de la Cuesta Aguado apunta que en España «la mujer aún no ha accedido ni al poder económico ni, mayoritariamente, a la toma de decisiones» (<http://comunidad.derecho.org/icapda/Perfiles.htm>), conclusión que comparte Lidia Falcón (2000, 61-63), de lo cual de la Cuesta Aguado concluye que es esta falta de participación en las altas esferas económicas y políticas lo que obviamente inhibe a la mujer de cometer «delitos socioeconómicos» (<http://comunidad.derecho.org/icapda/Perfiles.htm>).

dio, y confiesa su crimen a la policía que, al no creer posible que una mujer mate a otro ser humano, identifica su «confesión» como los delirios de una mujer poco estable y la mandan de vuelta a casa⁸. De esta manera, la asesina escapa ante cualquier posible sanción legal que le podría ser aplicada, mostrándonos así una clara indicación de que Falcón intenta absolver de culpa a su personaje. Tal vez adopte esta postura porque a su personaje la proponga como víctima de una sociedad machista —que no le perdonaría su bigamia— y materialista —que le condenaría por haber querido una vida mejor para su hija y ella misma, y por haber conseguido que se casara con Pablo— a pesar de que es la sociedad la que imparte estos ideales. Es más, Elena no sólo escapa de la justicia, sino que además Falcón «premia» a su personaje con un final feliz en brazos de Félix, el hombre que la quiere realmente y cuyo nombre ya evoca dicho final feliz, y con quien espera pasar el resto de sus días en un paraíso tropical.

Es igualmente laudatoria la representación de las castradoras y ladronas en la ficción de otras autoras. El cuento «Amanda», de Isabel-Clara Simó, protagoniza a Mercedes, ama de casa sin hijos, quien descubre que su esposo tiene una amante, Amanda. Para imponerle su venganza, Mercedes pone en práctica las habilidades que aprendió cuando trabajaba de enfermera —profesión que abandonó al casarse— y castra a su marido, dándole luego sus testículos fritos para comer. Al enterarse de su estado, el castrado salta por la ventana y se mata. La alegre viuda escapa cualquier consecuencia jurídico-legal de sus acciones, porque el detective a cargo de la investigación del caso no se molesta en indagar demasiado profundamente en los hechos. De este modo, la incompetencia del varón lleva al encubrimiento —aunque no intencional— de un crimen contra otro hombre.

Maria Antònia Oliver en *Estudio en lila*, presenta una situación parecida en la que una anticuaria barcelonesa, Elena Gaudí, castra uno por uno a los tres hombres que la violaron. En ambos

⁸ Debemos recordar que aunque se publicó en 1997, la novela fue escrita casi cuatro décadas antes en 1960. Canteras Murillo apuntala que en los últimos años se ha generalizado la creencia —según él errónea— de un aumento significativo en la delincuencia femenina (409 et seq.), pero cabe recordar que en el momento en que se escribió *Asesinando el pasado*, la percepción tradicional de la mujer como guardiana de los valores positivos de la sociedad habría tenido más peso, lo cual tal vez explique la actitud de los policías dentro de la narrativa.

textos la lectora se identifica con la solidaridad con la criminal expresada por las autoras, a pesar de la delincuencia de sus protagonistas, y como es el caso en *Asesinando el pasado*, las mujeres criminales de estas historias escapan cualquier condena o enjuiciamiento, Mercedes por razones ya mencionadas, y Elena Gaudí porque la detective que la identifica, Lònia Guiu, la deja escapar.

Este mismo patrón se repite a lo largo de muchas otras narrativas criminales escritas por mujeres, entre las cuales cabe destacar *El salón de ámbar* de Matilde Asensi, y *Escapa't d'Andorra*, obra de la catalana Assumpta Margenat. Las protagonistas, Ana y Rossi respectivamente, son dos exitosas ladronas que las autoras identifican como jóvenes audaces, simpáticas e inteligentes, técnica que asegura una identificación positiva de la lectora con los personajes, además de una complicidad en sus robos y cierto disfrute vicario en sus hazañas. Ana es miembro de un grupo internacional de ladrones de arte, y a través de sus actividades delictivas se hace fabulosamente rica; Rossi opera a un nivel más modesto, y desde su puesto de cajera en un supermercado andorrano roba una importante suma de dinero, que saca fuera del principado escondido en los aplicadores de una caja de tampones. De nuevo, las dos delincuentes —si así se les puede llamar, dada su textualización tan positiva— se ríen de la justicia y escapan con su botín, a la vez que sus autoras se burlan de las convenciones del género al presentar a dos seres físicamente débiles cuya biología de ninguna manera impide su éxito criminal. De hecho, al enrollar los robados billetes del Banco de España entre los aplicadores de una caja de Tampax, Rossi no sólo engaña a los guardias que vigilan la frontera, sino que subyuga el mundo financiero patriarcal a la biología femenina, invirtiendo, de esta manera, la relación usual entre los dos. Una característica constante de la narrativa que venimos analizando es, pues, el hecho de que la delincuencia femenina de ficción va dirigida hacia la propiedad masculina —base del patriarcado— o bien hacia el cuerpo y los genitales masculinos —principales sostenes de la sociedad patriarcal—, entes que no respetan ni las autoras de este tipo de ficción ni sus personajes.

A pesar del elevado número de crímenes cometidos contra el cuerpo y la propiedad masculinos, en los textos estudiados aparecen pocos casos en los que la violencia femenina tenga como blanco a un niño o a otra mujer. Maria-Antònia Oliver presenta

dos casos —de mujeres que participan en bandas de prostitución de mujeres y de niños en *Antípodas* y *El sol que engalana* respectivamente. Otro delito de tipo sexual es el cometido por Luisa en *Ritos de muerte* de Giménez-Bartlett, un extraño caso de una chica que agredía y asesinaba a las víctimas de su novio violador ya muerto.

De todas las autoras españolas actuales de novela criminal es Giménez-Bartlett la que más severamente trata a la mujer criminal, aplicándole un castigo judicial como ya señalamos; sin embargo, como mencionamos más arriba, incluso ella reconoce que la mayoría de las veces la victimización de la mujer puede ser considerada justificación de la agresión femenina. En el caso de la chica violadora, sin embargo, la Inspectora Petra Delicado se demuestra completamente implacable, y a pesar de la difícil juventud de la muchacha —que en el caso de que su crimen hubiese sido otro tal vez hubiera desencadenado especulaciones justificatorias en la policía— Petra se demuestra altamente violentada por sus acciones. Asimismo, aunque Lònia Guiu lamenta el asesinato de algunas de las mujeres involucradas en la red de prostitución infantil que descubre, se ve incapacitada para sentir la más mínima solidaridad con aquellas personas que destrazan vidas ajenas prostituyéndolas.

De este modo, a las criminales de ficción que tan alegre y despreocupadamente roban, castran, y matan a través de las páginas de la narrativa criminal femenina, se las retrata como monstruas, como exentas de toda «normalidad» y compasión, cuando su blanco ya no es el patriarcado o sus representantes. A pesar de que la llamada «opinión pública» se escandaliza o se estremece como reacción a la agresión femenina en forma de la castración, por ejemplo —o sea, cuando va dirigida hacia el hombre— creemos que al retratar la diferente percepción de la delincuente dependiendo de quien es su blanco, la narrativa está dando eco a la actual construcción popular y mediática de la delincuente femenina en sus varios grados: para Canteras Murillo, a quien citamos al comienzo del estudio, la sensibilidad popular se rebela frente a cualquier manifestación de violencia criminal perpetrada por una mujer, pero es importante resumir también las conclusiones de Anna Motz, quien asevera que los actos delictivos que provocan más furor son aquellos que protagonizan a mujeres que agreden a niños, pero también si reflejan una sexualidad femenina «anor-

mal» o «precoz»⁹. Por lo tanto, y a pesar de lo que dice Canteras Murillo, no creemos incorrecto afirmar que en cierto modo la literatura refleja una cambiante opinión pública en cuanto al tema de la delincuencia femenina; no debemos olvidar el conocidísimo caso de la gitana, «Tani», quien mató a su esposo violento, y a cuyo favor se manifestaron miles de personas pidiendo su indulto¹⁰, ejemplo que para nosotros indica claramente que algunos sectores de la sociedad ya ven como justificada la delincuencia femenina (en este caso específico el homicidio) en caso de la extrema victimización de la mujer —realidad que también ha suscitado la atención de criminólogos, tal como consideraremos más adelante—, aunque no estén dispuestos aún a aceptar como justificados acosos a los menores ni a otras mujeres¹¹.

⁹ Motz señala que «The move from idealisation to denigration can be seen in the sentimental regard with which women and children are held, and the rage which is evoked when their aggressive or sexual impulses appear to become out of control or dangerous. There is then a punitive backlash which has a ferocity that may alarm those who attempt to understand aggressive behaviour. It can be seen in the public fury when mothers display aggressive or perverse behaviour, and appears to be a manifestation of rage and disappointment that these women have failed to conform to powerful stereotypes of them as nurturing and gentle creatures. The backlash against these women reflects the depths of the disappointment and anger that they do not conform to these sentimental notions and reveals the strength of the taboos relating to maternal incest and violence» (259-60).

¹⁰ Teresa de Jesús Moreno Maya, «Tani», mató de un tiro a su esposo en 1995 tras dieciséis años de severos malos tratos por parte de éste. Fue condenada a más de trece años de prisión. Su caso provocó una inmensa reacción por parte del público español, y cuando «Tani» fue trasladada a la madrileña cárcel de Alcalá-Meco en octubre del 2000, entre 2.000 y 3.000 personas se manifestaron en las puertas de la prisión, pidiendo su libertad (véase el artículo de Rosa Tristán).

¹¹ En un artículo aparecido en *El País*, Alicia Giménez-Bartlett, una de las escritoras cuya obra analizamos aquí, dice que «resulta completamente imposible justificar la muerte de un ser humano a manos de otro», a pesar de que pide el indulto a «Tani» porque fue víctima durante tantos años de «golpes, humillaciones y terror» por parte de un «torturador» —su esposo (29 octubre 2000).

Asimismo, es interesante anotar los diferentes usos de vocabulario y registro lingüístico entre los artículos periodísticos que reportan crímenes perpetrados por mujeres contra la mujer, y aquéllos que informan sobre delincuencia femenina dirigida hacia el hombre. El ya citado artículo de Rosa Tristán sobre el caso de «Tani», abre con las palabras «Libertad». «Libertad». «Libertad», técnica que pone en evidencia el pensamiento de la periodista —si no del editor del diario— acerca de la petición del indulto a la asesina. El artículo prosigue con referencias al «marido, que la maltrató durante 17 largos años» y a las personas quienes «coreaban, emocionadas, su nombre [de «Tani»] frente a las rejas de la prisión», frases todas que van destinadas a evocar compasión en el lector y justificar las acciones de la homicida. Por otro lado, sin embargo, en algunos casos en los que la agresión delincuente de la

Las razones para esta distinción —clara en la narrativa y aparentemente emergente en la opinión pública— son, a nuestro juicio, sumamente complicadas. Al intentar esbozar unas conclusiones, pues, creemos necesario evaluar el valor socio-narrativo de la delincuente en las obras que venimos estudiando tanto como en otras del mismo tipo, tarea complicada pero que se basará en un recuento de los motivos de la criminal de ficción y la de verdad, ya que tal vez éstos arrojen una luz sobre la variante percepción popular y literaria de la mujer que transgrede la ley.

Los grandes detectives de la literatura intentan siempre identificar y explicar los porqués de un homicidio, un robo, o un asalto porque, tal como señala Juan del Rosal, «el conocimiento de los *motivos* entraña, por decirlo así, la operación más simple y elemental para aclarar la acción criminal» (319-20). Según el crítico, en la novela policial los motivos suelen rebajarse a unos pocos: «*codicia, venganza, la pasión y el miedo*» (323), patrón que se repite hasta nuestros días en la narrativa criminal de una amplísima gama de países y escritores, aunque con la interesante reescritura y reformulación de un pequeño número de motivos en el caso de crímenes cometidos por mujeres, sobre todo en la narrativa criminal femenina. En muchos casos, la motivación de la delincuente de ficción refleja los causantes de la criminalidad femenina en el mundo real, aunque cabe anotar que a nuestro juicio, en las novelas y cuentos que estudiamos en este artículo muchos crímenes cometidos por mujeres son «exotizados» o exagerados, con el propósito de evocar una respuesta positiva en la lectora del texto.

¿Por qué, entonces, la mujer se convierte en criminal?, y ¿son los motivos de la delincuente distintos a los del hombre que delinque? Remitiéndonos a las clasificaciones que esboza del Rosal,

mujer parece injustificada, o que se dirige hacia otra mujer o un niño, la prensa emplea otro estilo lingüístico, exento de comprensión pero que intenta provocar el escándalo del lector frente a acciones tan «desalmadas». Tal es el caso con un artículo publicado en *El País* que cuenta el asesinato de Rocío Wanninkhof por Dolores Vázquez, «Loli», la cual estaba «enemistada» con su víctima, a quien «golpeó y le atestó ocho puñaladas por la espalda». Todas las acciones de «Loli» son reportadas como viciosas, injustificadas y cobardes. Otro artículo, esta vez proveniente de *El Mundo*, habla de los «actos de violencia gratuita e indiscriminada» de dos bandas juveniles compuestas por chicas adolescentes. El periodista, J C de la Cal, no pone en duda la «anormalidad» de las jóvenes pertenecientes a los grupos, e insiste en su niñez perdida, punto de vista muy distinta del reflejado en el material sobre «Tani».

concluimos que la codicia, la pasión, el miedo y la venganza actúan, de hecho, como fuertes motivaciones para impulsar la actividad ilegal, opinión que, en el caso de la mujer, refuerza Francisco Pérez Abellán al clasificar a las homicidas que retrata como «ambiciosas/codiciosas, enamoradas, envenadoras, aterrorizadas/acosadas y extraviadas/enajenadas» (14). Algunas de las clasificaciones del periodista son, sin duda, acertadas, pero es importante recordar que el propósito de Pérez Abellán es puramente sensacionalista, tal como su prosa amarilla delata, y no cabe duda de que su libro, publicado con el atrayente título *Ellas matan mejor*, aparece en un momento de considerable polémica sobre la violencia femenina¹², y que al ser destinado al mercado no-académico y no-especialista, funciona para fomentar el debate popular y mediático sobre el percibido aumento en la criminalidad de la mujer partiendo de unas clasificaciones en sí sensacionalizadas.

La categoría anotada por Pérez Abellán que nos parece más plausible es la de «atorrizadas/acosadas» ya que parece existir —tanto en las letras como en casos verídicos— un claro vínculo entre la victimización de la mujer y su autoría de actos delictivos, tal como resume Margaret Shaw (115-16). En un caso de asesinato, esto puede ser el resultado de lo que Anna Motz denomina «the enactment of a primitive defence mechanism» [la exteriorización de un mecanismo de autodefensa primitivo] por parte de la mujer que ve amenazada con el aniquilamiento alguna parte de su ser (217). El mismo Pérez Abellán refuerza esta percepción al apuntalar que «[l]a mayoría de los crímenes de las mujeres son para liberarse del acoso o del terror al que las someten los varones. [...] En general se defienden de agresiones continuas o de situaciones insoportables» (15). No dudamos que esta conclusión pueda tener mucho de acertado, tal como han indicado sociólogas feministas como las ya citadas, pero en el siguiente párrafo del prólogo a su texto, el periodista, sin darse en la cuenta, introduce uno de los peligros de la asociación mujer víctima/mujer homicida al declarar: «Bajo la presión de la sociedad, llegan a enloquecer [...] Sus condicionantes biológicas las deprimen o enloquecen» (15). El «peligro» que tal actitud

¹² En un contexto general, Margaret Shaw mantiene que «The explosion of public concern with violence involving women in the past ten or more years has had a powerful impact on many sections of society» (115), mientras que en el caso específico de España Canteras Murillo señala «[...] el estado de opinión que durante los últimos años se ha venido generando, con respecto a la «escalada» de una «nueva delincuencia femenina» (409), el cual el autor «cuestiona decididamente» (409).

supone desde el punto de vista de la observadora feminista es que parece confirmar la percepción de la mujer delincuente como producto únicamente de su victimización, de causas fuera de su control, lo cual, según Shaw, es una conclusión demasiado simplista que no toma en cuenta otros factores que pueden influir en la vida de la delincuente femenina, y que le roban autonomía (120, 125, 126 *inter alia*).

Que la mujer es la víctima en la mayoría de los casos criminales —tanto en la literatura como en la vida real— es indiscutible, tal como nos recuerda Maureen Reddy, autora de una de las más importantes obras sobre feminismo y novela criminal (35), hecho que se concretiza al notar que en estudios de la relación entre género y violencia, es casi siempre el hombre el agresor¹³, aunque consideramos importante agregar que tal como destacan los autores del estudio «La victimología y las mujeres», la agresión masculina hacia la mujer no siempre se considera delito¹⁴. El hecho de que sean pocas las ocasiones en que en la realidad el homicida o atracante es femenino, tanto como las connotaciones negativas de la representación de la mujer criminal como sujeta a una victimización por parte del patriarcado o sus representantes, nos impulsan a cuestionar el porqué de la presentación de tantas mujeres delincuentes dentro de la narrativa que analizamos aquí.

Sally Munt, autora de un importante libro sobre feminismo y novela criminal, asevera que la venganza es la única forma de justicia disponible a la mujer (204), noción que también postula Josefina Ludmer (157). Sugerimos que es por esta razón que la mayoría de los textos que evaluamos en este trabajo, en efecto, plantean al hombre o a las instituciones patriarcales como blanco de las

¹³ Aquí damos como ejemplo el caso de las ponencias publicadas a consecuencia de las *Jornadas sobre la violencia de género en la sociedad actual* que tuvieron lugar en el Litoral español entre 1996 y 1999. Los dos volúmenes de actas a los que hemos tenido acceso contienen un número considerable de ponencias, pero ninguna trata de la cuestión de la violencia ensayada por la mujer (Generalitat Valenciana, 1997 y 2000), como tampoco hace el libro de Lidia Falcón titulado *Violencia contra la mujer*.

¹⁴ Los autores del estudio mantienen que cuando la violencia afecta a la mujer «es colocada en la condición de víctima, pues se lesionan bienes jurídicos importantes suyos y se le ocasiona un grave perjuicio, cuanto menos comparativo. Pero en la medida en que tales conductas no están jurídico penalmente desvaloradas no se puede hablar de «víctima» desde un punto de vista jurídico penal pues aquí la conducta que crea la victimización no es un delito. Más bien al contrario, los victimizadores actúan cumpliendo las normas del rol social que desempeñan» (http://members.ripod.com/fmuraro/victimologia_y_femenismo.htm).

actividades delictivas de sus protagonistas criminales; la mujer busca retribución por haber sido tradicionalmente objeto de la violencia criminal. En el contexto de la narrativa femenina, la escritora sugiere una simbólica venganza generalizada, en nombre de todas las mujeres, a través de las acciones de sus protagonistas.

Es importante anotar también, que gran parte de las actividades ilegales de las delincuentes —especialmente los robos— va destinada a conseguir para la mujer aquello que ha sido propiedad exclusiva del hombre, es decir, el poder económico y¹⁵, hasta cierto punto, político (en el sentido más amplio del término), lo cual nos hace cuestionar la validez de la repetición por la mujer no sólo de patrones criminales más usuales en el hombre, sino también su búsqueda a través de actividades ilegales de aquello que tradicionalmente ha pertenecido al varón.

No cabe duda de que la apropiación por la mujer de modelos de conducta delictivos implique un cuestionamiento ideológico del valor para ésta de tales comportamientos, porque al delinquir «copia» o reproduce unos comportamientos usualmente asociados con el hombre. Por esta razón, tal vez, algunos de los textos más recientes que analizamos en este estudio protagonicen a mujeres ladrones cuyo blanco al actuar delictivamente no es ya un hombre específico, un ser personalizado, sino el patriarcado como ente anónimo, lo cual parecería restarle la significancia individualizada de otros crímenes como el asesinato o la castración. Las metas de esta criminalidad, sin embargo, tal como observan las autoras de *Escapa't d'Andorra* o *El salón de ámbar*, por ejemplo, generalmente son las mismas que cuando un hombre comete crímenes de este tipo; es decir, el enriquecimiento personal según unas normas que cobraron especial extensión durante la década de los ochenta y que pregonaban la gratificación material instantánea¹⁶. Sin embargo,

¹⁵ Lidia Falcón señala que la renta colectiva de las mujeres españolas es un «miserable 18 %» del total, mientras que obviamente «los hombres acaparan el 82 %» (2000, 9). A nuestro juicio es esta desigualdad lo que buscan remediar —aunque sea a nivel personal— las ladronas que figuran en los textos analizados.

¹⁶ Estas dos novelas también reformulan la relación más usual entre robos y hurtos cometidos por mujeres y sus motivos al delinquir de esta forma en particular, ya que generalmente la mujer que roba lo hace impulsada por la necesidad de conseguir comida, ropa u otros artículos para sus hijos o para ella misma, tal como sugiere el título del estudio de Pat Carlen, *Women, Crime and Poverty* [Mujer, crimen y pobreza]. En el contexto español, tanto Canteras Murillo (209-17) como de la Cuesta Aguado identifican un claro vínculo entre pobreza y otras formas de marginación social y criminalidad en la mujer, aunque ni el uno ni la otra sugieren que la pobreza puede de hecho causar la delincuencia.

al representar a ladronas en sus textos, sobre todo aquéllas que son exitosas y ricas, sus autoras reformulan una regla implícita en la narrativa criminal escrita por mujeres que sitúa al económicamente pobre —generalmente la detective— como el ganador moral, porque la pobreza material equivale a la superioridad moral (Young, 105). En último término, pues, lo que las escritoras estudiadas aquí parecen querer insinuar es que sólo a través de la actividad ilegal podrá la mujer desocupar el lugar de víctima y, por otro lado, conseguir aquello que simboliza una plena inserción en los ambientes socio-financieros de su patria.

Esto último se textualiza simbólicamente en el caso de Ana, protagonista de *El salón de ámbar*, cuyo flamante BMW rojo, fruto de sus robos, es el símbolo fálico por excelencia, y por lo tanto indicativo de que su dueña ha logrado ocupar un espacio dentro del patriarcado, no sólo en sus márgenes. Tal vez sea esa ocupación por la mujer criminal de símbolos y espacios anteriormente pertenecientes al hombre la meta de nuestras autoras al retratar a delinquentes femeninos; quieren demostrar que la mujer no puede alcanzar sus metas siguiendo las reglas del juego establecidas para ella por la sociedad patriarcal. Creemos que esto es justamente lo que más escandaliza a la opinión pública. Después de todo, no hay nada más terrible ni monstruoso para el patriarcado que ver a una mujer que se adueñe del simbólico poder fálico-patriarcal que supone el comprarse un flamante BMW rojo.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo. «El fiscal pide 14 años para la supuesta asesina de Wanninkhof». *El País* (24 marzo 2001).
- Asensi, Matilde. *El salón de ámbar*. Barcelona: Plaza y Janés, 1999.
- Bardsley, Barney. *Flowers in Hell. An Investigation into Women and Crime*. Londres y Nueva York: Pandora, 1987.
- Cal, J C de la. «Las bandas de las «Vanessas» atemorizan a las niñas de Barcelona». *El Mundo* (5 febrero 1997). <http://www.el-mundo.es/1997/02/05/sociedad/05N0066.html>
- Canteras Murillo, Andrés. *Delincuencia femenina en España*. Madrid: Ministerio de Justicia, 1990.
- Carlen, Pat. *Women, Crime and Poverty*. Milton Keynes: Open University Press, 1988.
- Clemente Díaz, Miguel. *Delincuencia femenina: un enfoque psicosocial*. Madrid: UNED, 1987.
- Cuesta Aguado, Paz de la. «Perfiles criminológicos de la delincuencia femenina». <http://comunidad.derecho.org/icapda/Perfiles.htm>
- Falcón, Lidia. *Violencia contra la mujer*. Madrid: Vindicación Feminista, 1991.
- . *Asesinando el pasado*. Madrid: Vindicación Feminista / Kira, 1997.

- . *Los nuevos mitos del feminismo*. Madrid: Vindicación Feminista, 2000.
- Generalitat Valenciana. *1^{as} Jornadas: sobre la violencia de género en la sociedad actual*. Valencia: Generalitat Valenciana, Conselleria de Bienestar Social, Dirección General de la Mujer, 1997.
- . *Jornadas. La violencia de género en la sociedad actual*. Valencia: Generalitat Valenciana, Conselleria de Bienestar Social, 2000.
- Giménez-Bartlett, Alicia. *Ritos de muerte*. Barcelona: Grijalbo, 1996.
- . *Día de perros*. Barcelona: Grijalbo, 1997.
- . «Muerte en el gimnasio». *Historias de detectives*, Ángeles Encinar (ed). Barcelona: Lumen, 1998.
- . *Mensajeros de la oscuridad*. Barcelona: Plaza y Janés, 1999.
- . *Muertos de papel*. Barcelona: Plaza y Janés, 2000.
- . «Sin teorizar». *El País* (29 octubre 2000).
- Hutter, Bridget y Gillian Williams. *Controlling Women: The Normal and the Deviant*. Londres: Croom Helm, 1981.
- Ludmer, Josefina. «Women Who Kill (Part 1)». *Journal of Latin American Cultural Studies* 10:2 (2001) 157-69.
- Margenat, Assumpta. *Escapa't d'Andorra*. Barcelona: La Magrana, 1988.
- Miravet Hombrados, Miguel. «Derecho penal en relación con la mujer: Delincuencia femenina». *Congreso Internacional de la Mujer, 3^a Comisión*. Madrid: Artes Gráficas Ibarra, 1970.
- Motz, Anna. *The Psychology of Female Violence. Crimes Against the Body*. Hove: Brunner-Routledge, Filadelfia: Taylor & Francis, 2001.
- Munt, Sally R. *Murder by the Book? Feminism and the Crime Novel*. Londres y Nueva York: Routledge, 1994.
- Oliver, Maria-Antònia. *Estudio en lila*. trad. de Manuel Quinto. Barcelona: Vidorama, 1989.
- . *Antípodas*. trad. de Manuel Quinto. Barcelona: Vidorama, 1990.
- . *El sol que engalana*. trad. de Manuel Quinto. Barcelona: Thassàlia, 1998.
- Pérez Abellán, Francisco. *Ellas matan mejor*. Madrid: Espasa Calpe, 2000.
- Plain, Gill. *Twentieth-Century Crime Fiction. Gender, Sexuality and the Body*. Edimburgo: Edinburgh University Press, 2001.
- Reddy, Maureen. *Sisters in Crime. Feminism and the Crime Novel*. Nueva York: Continuum, 1998.
- Rosal, Juan del. *Crimen y criminal en la novela policíaca*. Madrid: Reus, 1947.
- Shaw, Margaret. «Conceptualizing Violence by Women». *Gender and Crime*, R E Dobash, R P Dobash y L Noaks (ed). Cardiff: University of Wales Press, 1995. 115-31.
- Simó, Isabel Clara. «Amanda». *Historias de detectives*. Ángeles Encinar (ed). Barcelona: Lumen, 1998.
- Tristán, Rosa M. «Piden su indulto. Miles de personas acompañan a «Tani» a Alcalá-Meco». *El Mundo* (25 octubre 2000). <http://www.el-mundo.es/2000/10/25/madrid/25N0007.html>
- VV.AA. «La victimología y las mujeres». http://members.ripod.com/fmuraro/victimologia_y_feminismo.htm
- Walton, Priscilla L y Manina Jones. *Detective Agency. Women Rewriting the Hard-Boiled Tradition*. Berkeley, Los Ángeles, Londres: University of California Press, 1999.
- Young, Alison. *Imagining Crime. Textual Outlaws and Criminal Conversations*. Londres: Sage, 1996.